

GALLEGO CUIÑAS, ANA Y MARTÍNEZ, ERIKA (eds.) (2013): *Queridos todos. El intercambio epistolar entre escritores hispanoamericanos y españoles del siglo XX*. Bruselas: Peter Lang.

Queridos todos:

me pregunto si ya leyeron el libro que les envié, el que editaron Ana Gallego Cuiñas y Erika Martínez. Ojalá que sí, pero el intercambio epistolar es siempre diferido y no tengo modo de saberlo. Quizá algún borrón, alguna mancha de café o de grasa de motor hayan forzado que mientras yo les escribo el libro esté siendo devuelto a esta orilla del Atlántico, a este *lado de acá* de límites frágiles; acaso mis palabras y el libro se crucen en el aire. No importa: lo que tengo para decirles se lo puedo decir igual.

Primero, el ensayo preliminar de Ana Gallego, una verdadera obra de orfebrería, un collar que la autora nos teje con las perlas que ella misma ha bajado a buscar para nosotros al fondo del Atlántico. Del resultado de esa gesta archimboldiana les reproduzco sólo un fragmento de apariencia inofensiva: “Ya antes Heine había embestido contra los que hurgaban en intimidades ajenas, pero por encima de este vicio fisgón está la ‘naturaleza anfibia’ del lector de cartas” (13). Y sí, ciertamente el lector de cartas siempre es anfibio, y acaso el crítico también lo sea siempre, por necesidad. Esa cita de Heine me recuerda a otra, ésta de Henry Stimson, secretario de Estado de Hoover tras la Primera Guerra Mundial, quien afirmó que “los caballeros no deberían leer el correo de los demás” para

justificar el cierre de la Cámara Negra, la oficina criptográfica de los Estados Unidos. Crítica y criptografía. Pero hoy, en dos mil quince, la caballeridad es un valor a la baja, y más en un libro editado por dos mujeres, así que no les extrañe si les digo que lo que se hace en *Queridos todos...* es, por encima de cualquier otra cosa, entrometerse. Para reabrir la Cámara Negra, nuestra oficina de crítica, es necesario ignorar a Heine y a Stimson.

*De la intromisión considerada como una de las Bellas Artes*, podría haberse titulado el tomo. Y es que la intromisión es una actividad o una actitud que se valora mucho menos de lo que debiera. Leer las cartas de un autor para lograr una aproximación hermenéutica a su obra es en cierto modo vulnerar ese bastión de la civilización occidental al que denominamos *intimidación*. Que el género epistolar está estrechamente ligado al surgimiento de la modernidad es un hecho al que varios de los académicos que participan en el libro se refieren en algún momento. Ya sea para leer la obra de un autor determinado desde un punto de vista ecdótico o genético, como hacen Bénédicte Vauthier y Fatiha Idmhand en la sexta parte, o incluso para producir una iluminación profana, como le ocurre a Pepa Merlo cuando indaga en el epistolario del círculo de Lorca, incorporar un epistolario al *corpus* de textos que una determinada rúbrica alberga siempre conlleva alguna violencia. Obra, autor, intimidación, son conceptos asociados a la subjetividad moderna, y utilizar los textos que alguien escribió para sí mismo (los diarios) o exclusivamente para algún

destinatario concreto (las cartas) en un sentido hermenéutico, es decir, incorporarlos a la obra del autor, es un gesto necesariamente contestatario, aunque a veces el exégeta pueda no ser consciente de ello. Como bien nos advierte Almudena del Olmo Iturriarte a propósito del epistolario de Juan Ramón Jiménez, “no se sale indemne de la lectura de la correspondencia” (77).

Ya les he citado la sexta parte del libro. Conociendo sus preferencias, creo que la quinta también ha de interesarles especialmente. Se llama “Un nuevo género epistolar: el correo electrónico”. En los artículos que la componen –y me perdonarán que no cite a cada autor por separado, pero Erika Martínez ya lo hace en las páginas que van de la 27 a la 31, y yo no sabría hacerlo mejor– los articulistas se dedican a preparar un posible marco teórico para el análisis del género email, y no a hacer estudios de caso como en el resto del volumen. Supongo que esto responde a motivos meramente cronológicos: internet apenas lleva 20 años con nosotros, y aún no es fácil acceder a la correspondencia virtual de los escritores. Clara Obligado, sin embargo, constituye una excepción al analizar los correos que se intercambiaron las participantes de un proyecto literario llamado *La aldea de F*. Como sea, esta quinta parte es necesaria porque en ella se consignan las principales diferencias entre la carta y el email, sentando las bases para un futuro análisis. ¿Me atreveré a añadir un par de diferencias de orden estrictamente material? La primera es baladí: el email es gratuito. La

segunda, sin embargo, no: para enviarnos un email alguien sólo necesita conocer un cierto código y el nombre de un servidor (xxxxx@servidor.xx), pero para enviarnos una carta tradicional es necesario que haya otro tipo de confianza; la persona que nos la envía debe conocer las coordenadas de nuestro hogar, que es el centro mismo del templo de la *intimidad*. A nuestro correo pueden enviarnos un virus; a nuestro hogar, un paquete letal. Esto se relaciona con las palabras de Juan Francisco Ferré: “No sé si algún día el email podrá producir un relato como ‘La carta robada’ de Edgar Allan Poe, donde una carta se autonomiza de su contenido” (377). Ya lo veremos. Pero ahora basta de divagar.

Si sólo atendemos a lo que he dicho hasta el momento, el libro que les envié ya sería de un enorme interés. Pero además de ahondar en los nuevos estudios literarios, además de poner en tela de juicio el redil sagrado de la subjetividad occidental, en su mayor parte este volumen se interroga sobre las relaciones entre los dos lados del Atlántico. Y es que, aunque parezca increíble, *scripta* también *volant*, y por lo tanto tejen puentes. Así, haciendo honor al gombrowicziano nombre de la “Colección Trans-Atlántico”, las cuatro primeras partes se llaman (en orden), “Entre América y España. Correspondencias del 27”, “Cartas del Cono Sur entre dos orillas”, “Perú, México y Colombia: epistolarios de ida y vuelta” y “La carta como vínculo transatlántico entre el Caribe y Europa” y como pueden ver trazan todo un mapa de Nuestra América.

Sólo me queda pedirles disculpas por la inevitable miopía de mi comentario: ustedes saben la obsesión que tengo con la libertad del lector, y creo que esta compilación de artículos es todo un monumento al lector y a la libertad. Ya se sabe que el nacimiento del lector se paga con la muerte del autor, y además ¿quién es el autor de una carta? ¿En qué lugar del atlas de una obra se ubica una epístola (en qué límite, en qué margen)? Una carta es siempre leída “por quien no ‘corresponde’ y del modo que no ‘corresponde’” (12), y así su lectura siempre es un acto de transgresión. Pero no los aburro más: en el libro encontrarán todo lo que aquí falta. Léanlo, sean lectores, sean libres, dense el gusto. Espero ávidamente su respuesta.

Les saluda, Autor.

DOI: 10.7203/KAM.5.4995

ANTONIO MUNIR HACHEMI GUERRERO  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID/  
UNIVERSIDAD DE GRANADA